

# Del Islam para la Anunciada

Una vez vino a mi casa un fontanero sencillo que me resolvió la avería, y antes de cobrar su faena, para la comprobación definitiva, el hombre abrió el grifo de la cocina y el asunto empezó a funcionar sin mayor sorpresa por mi parte. Lo que me sorprendió fueron sus palabras:

"¿No le parece a usted una maravilla (me dijo) que se abra un grifo y empiece a salir el agua?".

Esta admiración de un hombre que en su vida no había hecho otra cosa, me aleccionó para agradecer a Dios todos los inventos que nos rodean. Y para que el hábito o la sucesión acelerada de nuevas proezas no conviertan en mínimos los avances que un día nos parecieron milagro. Resulta turbador el encontrarse uno lejos de lo más suyo, apretar con negligencia y frivolidad el botón de un transistor comprado en Tánger por menos de mil pesetas, y que la habitación mercenaria empiece a llenarse de un olor a incienso y niñez, de una sombra de, ciprés y de muros altos, de un sonido de voces mixtas y de pájaros por las huertas.

Yo sé que pertenezco a la cofradía de los demasiado sensibles. Yo he sido un chico que lloraba a escondidas en las películas. Mis ojos se arrasaban al paso de una procesión. Yo no soy de fiar a la hora de justificar ciertas emociones.

Pero en esta mañana de domingo, hay que reconocermé que soy como cualquier hombre, con el derecho al asombro y a la nostalgia si uno se ha acostado ayer entre mezquitas y minaretes y hoy lo despiertan las campanas de la Anunciada, si ayer mismo era el almuecín llamado a los fieles del Profeta en el atardecer de una ciudad islámica y esta mañana son las monjas y la batuta de Sindo Marvá mientras unos árabes con bombachos me traen un desayuno que no es el del Parador, un pan que no habrá sido cocido en el horno de Emilio, una fuente de dátiles, que no cerezas...

Ahora no sé si fue realidad o ilusión (pero qué más da) mi reconocimiento ansioso de una voz, de una tos, de un acento familiar y amigo en la respuesta litúrgica. Eran hermosos los salmos y las oraciones, pero yo acechaba hasta los silencios. Creo que jamás en mi vida habré mirado con tanto amor el aparatín japonés no mayor que un paquete de cigarrillos, con tanto temblor de que pudiera escaparse la sintonía: "Aquí Radio Nacional de España, la misa de España, Villafranca del Bierzo en España".

Y al final me quedé pensando en mí mismo, ayudándome con palabras de Pablo Neruda:

"El poeta que parte y no vuelve es un cosmopolita, un cosmopolita es apenas un hombre, un reflejo de luz moribunda".

Esta tarde, esta noche... será lo que mande Dios, lo que disponga Alá. Pero yo sí he vuelto por las ondas junto a vosotros, tan cierto como si me vieseis entrando por la Pedrera, en la mañana sagrada de julio.

**ANTONIO PEREIRA**